

## RECENSIONES

*A survey of North West Africa (The Maghrib).*—Edited by Nevill Barbour. Issued under the auspices of the Royal Institute of International Affairs Oxford University Press, 1959, I vol. de 406 págs. con 6 mapas.

Presentamos a nuestros lectores un libro que nos parece llamado a ocupar un lugar insustituible en las bibliotecas de todos los interesados en los problemas del Magrib, con tal de que pudan desenvolverse en la lectura del inglés. Porque, que sepamos, no existe ninguna otra obra equivalente, ni mejor, ni peor. Esta es un pequeño, pero denso, compendio general de lo que son los países del Noroeste africano, estudiado con una acusada preferencia por el punto de vista político, en el amplio sentido del vocablo que incluye lo económico y lo social y, por supuesto, lo diplomático.

En términos comparativos y para que los lectores puedan calibrar la densidad del libro, puede concebirse como un complemento regional del monumental "African Survey" de Lord Hailey, también editado por el mismo conocido Instituto ("Chatham House"). El parecido, no exagerable, entre ambos trabajos se extiende al sistema de utilizar aportaciones ajenas que no aparecen individualizadas luego, sino agrupadas y refundidas en una sintética labor de conjunto dirigida por el editor. De estas aportaciones son francesas las del profesor André Adam, director de la Escuela de Administración, llamada marroquí, de Rabat; del Comandante Vicente Monteil, director del Centro de Estudios de Bikfaya, en el Líbano; y del señor Enrique de Montéty, antiguo Interventor civil en Túnez; británicas, aparte de la del Director, las del escritor y viajero Tomás Hoogkin, del Teniente Coronel Sandison, antiguo jefe de la Administración Militar Británica en Libia, y del señor Trimmingham, jefe del departamento árabe de la Universidad de

Glasgow; italiana la del profesor de árabe de la Universidad de Roma, Francesco Gabrielle. Y una española, la de nuestra colega de Instituto y redacción, Carmen Martín de la Escalera, a la que fundamentalmente suponemos que son atribuibles varias de las cosas buenas que realzan al libro, tanto en general como por lo que hace a los puntos de vista españoles sobre muchas de las cuestiones abordadas. Pues mérito destacable y no secundario, es que la presencia de España en el Noroeste africano, reducida a oscuras e inexactas menciones en las obras en que no queda omitida por completo, sea en este trabajo amplia y específicamente desarrollada. Sin aceptarlo siempre, el criterio español queda por lo menos recogido, a veces en equilibrado parangón y como contrapuesto a otros criterios concurrentes.

La bibliografía, que registra el acierto de ser poco numerosa, pero bien seleccionada, tiene también su parte española, en la que incluso se suplen las inevitables omisiones. Por ejemplo, la de la Historia de Marruecos, de Jerónimo Bekker, con la homónima obra del P. Castellanos. Y hasta en la estadística hay una homogeneidad de datos realmente meritoria y poco común, dada la heterogeneidad y la disparidad de las fuentes, algunas poco manejables. Con lo cual pasamos insensiblemente de la objetiva ponderación de los méritos de nuestra compañera a los del conjunto de la obra, que añade un éxito a la larga lista de los que el Instituto editor tiene ya ganados.

Digamos de paso que aunque el señor Barbour tiene escritas varias obras, en el breve conocimiento personal que con él

tuvimos, no nos pareció un ejemplar típico como persona de biblioteca y archivo, sino como hombre de acción y movimiento, dentro del sistema de cualidades humanas que han dado prestigio y poder universales a Britania, y en las que el esfuerzo cultural, y sobre todo el pragmático manejo de la inteligencia, están bien representados. Por otra parte, la lectura de la obra obliga a rectificar un poco esta opinión, recargando entre los méritos del señor Barbour los propiamente culturales, porque no se dirige un trabajo de la envergadura del que examinamos sin un previo bagaje de nutridos conocimientos, cuidadosamente tamizados.

El libro altera un poco el método expositivo seguido en el suyo por Lord Hailey. Este distribuía las materias según su especialidad y dentro de ella desarrollaba geográficamente sus particularizaciones. El señor Barbour opta resueltamente por el método de división geográfica, muy indicado por las características del escenario cubierto, y dentro de cada unidad de las estudiadas, pasa a detallar las materias según su naturaleza.

Así el contenido del volumen se distribuye en una introducción, consagrada a la consideración de ciertos datos o rasgos comunes al conjunto de su evolución histórica. Luego vienen tres partes respectivamente dedicadas al Magrib Occidental (Magrib al Aksa), Argelia y el Sahara (argelino y mauritano) y el Magrib Oriental (Magrib al Adna). A ellas siguen ligeras notas; una muy interesante que pone al día (es decir, hasta finales de 1958, en que la obra fué dada a la estampa) los acontecimientos más importantes acaecidos en los tres Estados norteafricanos; más dos notitas breves e insustanciales sobre los esclavos infieles en Malta (en la época de los Caballeros) y sobre la descripción camioniana de la costa saharica (en la composición *Os Lusíadas* se han trocado en *Os Lusíados*). Luego viene la bibliografía compendiada a que nos hemos referido, y un concienzudo índice, que hace rápida y fácilmente consultable cualquier extremo que se desee del texto impreso. Añadamos que sus mapas son claros y están acertadamente presentados.

Pasando a las diversas partes, en la que llamaremos "occidental", hay tres capítulos: 1) Geografía, población, historia, régimen, economía y sociología del ex-Marruecos francés; relaciones con España has-

ta 1912 y protectorado español; Tánger; Presidios y Peñones; Sahara español (incluida "Tarfaya", es decir, las tierras al Sur del Draa). En la parte "central", otros tres capítulos: Argelia (con igual distribución en títulos que en el caso de Marruecos del Sur o francés, pero añadiendo un substancioso título sobre "Soluciones propuestas" al problema argelino); el Sahara (O CRS), y Mauritania. Por último, la parte tercera comprende otros tres capítulos: relaciones de Italia y el Magrib Oriental; Túnez, y Libia. En estos dos sigue un plan paralelo al enunciado respecto a Marruecos y Argelia.

Por lo que hace a los aspectos más interesantes para el lector español, la tesis del señor Barbour (o del conjunto que ha dirigido) es particularmente simpática: hay muchas más afinidades de temperamento y otras—entre los españoles y los marroquíes, que entre éstos y cualquier otro pueblo europeo. Por lo tanto, a pesar de sus lógicos desacuerdos y de sus riñas vecinales, el entendimiento es más fácil. Y en el período entre 1912 y 1956 ha significado una acción española, si bien desmayada o retrasada con relación a la francesa en el orden del desarrollo económico—entre otras causas por las diferencias de los respectivos marcos económicos—mucho más flexible, tolerante o comprensiva; pues la rigidez reglamentista e intervencionista que tan poco gusta al temperamento casi anárquico de los magrebíes, se suavizaba en su aplicación, favorecida por la mayor o más directa aproximación temperamental entre los dos pueblos. Claro que el libro matiza y salpica esta tesis con observaciones muy variadas, y a veces contradictorias o de sentido opuesto; y que la enlaza con una especie de interrogante respecto al rumbo futuro de las relaciones entre España y el Magrib en cuanto las afectan las exaltadas reivindicaciones del ultranacionalismo marroquí, viciadas por hechos tales como las agresiones en Ifni y el Sahara, respecto de las que reconoce el desecho español de amistosa liquidación, que exige correspondencia por la otra parte. Algún ligero error u omisión aparecen en las abundantes partes de la obra que se ocupan de la presencia hispánica. Por ejemplo, que Mazagán fué reconquistado por los marroquíes en 1790 (en lugar de 1769); la confusión entre la rápida salida de los españoles de Argel, Bugía y Tremecén y la tardía evacuación de Orán y Muzalquivir (en 1790). En la

## RECENSIONES

parte de descripción de Ifni se ha filtrado alguna apreciación, creemos que errónea, sobre la localización internacional de Bifurna y Ait Aisa, quizás por la excesiva fidelidad a las opiniones del señor Monteil.

El texto da una idea bastante clara y bastante completa del presente de los países descritos en sus aspectos fundamentales, y de las condiciones, los problemas, y las fuerzas, que en ellos pugnan por orientar su futuro. Quizás, como inevitablemente sucede en un estudio tan amplio, hay cierta desigualdad en el desarrollo de las materias. El problema argelino parece descrito un tanto confusamente, y, en todo caso, con acentuada tendencia a la simple enumeración de factores. No es culpa de los autores la confusión descriptiva de las actuales instituciones argelinas, porque ello se deriva de la complejidad de los textos aprobados en 1958, que probablemente tienen una efectividad no superior a la del Estatuto de 1947, ya que unos y otros parecen provisionales e inseguros ante el momento argelino, donde el universal foso entre teoría y realidad, es muy ancho y muy hondo. En cambio es acertado el libro al descartar como "soluciones" la integración y la partición; silenciar la independencia separatista, y destacar la independencia con vinculación a la metrópoli o, si se prefiere, la total autonomía interna. Es la solución, no fácil ni inmediata, pero que las realidades perfilan como única viable, y la amplitud de perspectivas del libro se acredita al señalarla.

No parece el libro tan afortunado o claro al destacar otras interesantes perspectivas

sobre las que pasa con mayor rapidez. Así los proyectos de federación intermagrebina ligada a Francia, es decir, completando la ya iniciada evicción de España, porque su protectorado ha desaparecido mientras que el francés se ha transformado y se ha extendido.

Un poco optimista nos parece también el enfoque de los problemas con que tropieza Bargaoui en su país. Pues contra la impresión dulcificante del libro, el Ejército del F.L.N. incrustado en su propio territorio, y la forma silenciosa de difusión del "yusefismo" minan su posición, y, sobre todo, pueden obligarle algún día a prescindir de su táctica, caracterizada por el texto que presentamos como de "maniobra y persuasión", oportunista en gran parte, aunque con fines definidos.

También la obra vuela al abordar ciertos problemas de Libia (los resortes adquiridos por los británicos merced a su ayuda al entonces Emir senusita y hoy monarca; y la precaria viabilidad futura del Reino Unido de Libia). Como respecto de la lucha silenciosa por las riquezas del subsuelo sahariano, tan influyente en la pugna entre reivindicaciones, concesiones, planes económicos, y reformas administrativas.

Sin embargo, todas estas observaciones no disminuyen el gran valor que en conjunto ofrece la obra, por cuya publicación nos felicitamos, como interesados en su contenido, y por lo que supone la acertada contribución de la señorita Martín de la Escalera.

José M.<sup>a</sup> Cordero Torres.

BEÑOIST-MÉCHIN: *Un printemps arabe*, Editions Albin Michel, París, 1959, 585 págs., VI mapas.

En una de las páginas de "Un printemps arabe", M. Benoist-Méchin escribe: ... "las sensaciones que allí se experimentan son tan numerosas y ricas que desespera uno de dominarlas, a menos de ir las recogiendo una tras otra". Algo de esto nos acaece al enfrentarnos con el propósito de reseñar la frondosa y apasionante obra que brinda a nuestro afán de saber y comprender y, al propio tiempo, de deleitarnos literariamente. Porque "Un printemps arabe" tiene dos aspectos esenciales, ambos excelentes y bien equilibrados que su autor ensambla con notable habilidad. Uno

es el literario. El otro, el político. El lector aficionado a la auténtica literatura—y ésta lo es—, hallará con esta obra singular placer al leer descripciones, anotaciones, pinceladas y magníficas pinturas de paisajes, lugares, ciudades, bellezas naturales o artísticas que pueden parangonarse sin vacilación con las mejores páginas literarias francesas dedicadas al Oriente Medio: las de Lamartine, Renan o Barrès. Mas si el lector se inclina por el conocimiento político, objetivo de ese problema, difícil de entender en su hondura, que es el incandescente y fluido mundo árabe, ¡con qué

impaciente curiosidad se adentrará por él de mano de M. Benoist-Méchin! Sin embargo, al término de la obra, lejos de haber saciado nuestro interés por el mundo árabe, M. Benoist-Méchin lo aguza. Es el mejor elogio que se le puede hacer. La tarea del verdadero escritor es llamar a la puerta de nuestra atención, deleitarnos con sus aldabonazos y hacernos desear que se multipliquen más allá del momento en que dejamos de leerlo.

Para el autor de "Histoire de l'Armée allemande" y "Soixante jours qui ébranlèrent le monde", antiguo Ministro del Gobierno de Vichy y "europeísta" con otro contenido que el preconizado por la de los "Seis", el Oriente Medio había sido objeto de estudio y reflexión antes de su viaje. Así lo prueban sus obras "Mustapha Kemal ou la mort d'un Empire" e "Ibn Séoud ou la naissance d'un Royaume". No obstante, fué con el bagaje intelectual acostumbrado en el europeo cómo M. Benoist-Méchin emprendió el viaje que había de llevarlo de El Cairo a Yedda, Riad, Koweit, Beyrut, Damasco, Amman, Jerusalén y Bagdad. Es decir, que partió con un repertorio de ideas que la mediana inteligencia y la escasa sensibilidad convierten en dogmas al chocar con un mundo forzosamente distinto del occidental. Pero M. Benoist-Méchin es sumamente inteligente. La adecuación de su postura mental a la realidad circundante así lo prueba. Tiene, además, una aguda sensibilidad enraizada en el corazón y no en el cerebro. Así se explica que rápidamente la bien rodada máquina de su pensamiento y su reflexión empezaran a registrar sin prejuicios cuanto captaban sus ojos y sus oídos. Y, sin abandonar la base estable de su cartesianismo galo, con motivo de la Conferencia de los pueblos de Bandung (diciembre 1957-enero 1958) M. Benoist-Méchin llevó a cabo una reconversión de sus juicios (o prejuicios) sobre el mundo afro-asiático. El espectáculo actualizó para él las previsiones de Napoleón sobre el destino de las grandes posesiones españolas en América. "Una nueva era comienza", decía el genial corso ante la inevitable independencia. M. Benoist-Méchin estima a su vez que se está iniciando una nueva era más próxima de ser realidad actuante que cuanto consiente las apariencias de subdesarrollo y atraso técnico. Las razones que aduce ante el hecho de que Europa ha perdido su supremacía mundial se resumen así: "La His-

toria ha vuelto la página." Otros esquemas conceptuales apuntan al horizonte. Los sustenta Occidente, pero es la U. R. S. S. la que da la impresión de aplicarlos. Lógico con las premisas de este nuevo planteamiento del orden mundial, M. Benoist-Méchin pregunta: "¿Por qué no dar a cada cual su patria y ser resucitamente lo que pretendéis ser: *los campeones del mundo libre*?" Esta era, pues, la posición de M. Benoist-Méchin al iniciar el viaje propiamente dicho por los países árabes. La señalamos por estimarla reveladora del espíritu con que se ha escrito la obra que reseñamos.

A lo largo de su viaje, M. Benoist-Méchin ha visto, y no deja de decirlo, que se está corriendo el riesgo de que una siembra y otro cosecho. Es la U. R. S. S. la que podría cosechar esa siembra de palabras y principios desgraciadamente hipotecados por intereses más o menos súbditos que condicionan la política occidental. Esto le sucede singularmente al supercampeón del mundo libre, Estados Unidos, como se observa en diversos casos citados en esta obra. Ello coarta sus posibilidades de maniobra frente a la U. R. S. S. a la que no entorpecen ni un Congreso ni el temor a las elecciones, sea, el sistema democrático occidental. Sin embargo, M. Benoist-Méchin no carga el acento sobre este aspecto de la cuestión. Lo presenta como existente en función del problema o los problemas propios del Oriente Medio, considerados todos con serena atención y acierto en la comprensión del punto de vista ajeno. De ahí que las razones aducidas por el General Nasser en la larga entrevista que con él tuvo, aun pasadas por el tamiz de un espíritu crítico, resulten lógicas y concatenadas (presa de Assuan, nacionalización del Canal de Suez, etc.).

Esta capacidad atencional y comprensiva permite a M. Benoist-Méchin resumir el problema de Egipto (y acaso, estimamos, de todo el Oriente Medio) en un esfuerzo para salvaguardar la independencia y, al mismo tiempo, perderla en aras de una comunidad más amplia, la nación árabe, de la que Abd-el-Gamal Nasser es el portestandarte, aunque tal aspiración a la unidad sólo sea egipcia porque Egipto es árabe.

¡La Nación árabe! He aquí el meollo de la cuestión del Oriente Medio. Para M. Benoist-Méchin existe en potencia, pues

## RECENSIONES

se ha tropezado con ella en todos los lugares, hasta los más inesperados (por ejemplo, en Arabia Saudita y Jordania). Ella es la que explica la serie de agitaciones, intrigas, dimisiones, golpes de Estado, revoluciones y contrarrevoluciones que allí se suceden. Desde Occidente, ese hervor parece incoherente agitación. Inmerso en ese mundo, M. Benoist-Méchin ve las cosas con otras perspectivas. Sus contactos con gobernantes y gobernados le permiten estudiar desde distintos puntos de vista esa aspiración hacia la unidad que ha calado hondo en el pueblo árabe, si bien los dirigentes de las distintas fracciones de esa unidad virtual adopten ante ella variadas actitudes que van desde la franca repulsa (Nury Said, el Rey Hussein) al recelo (Ibn Saud). Pero las escenas de entusiasmo que nos describe M. Benoist-Méchin en Damasco con motivo de la creación de la R. A. U. son testimonio del sentir de considerables grupos árabes, entre los cuales figuran los maronitas del Líbano. La situación del Iraq actual—visitado por M. Benoist-Méchin poco antes del 14 de julio de 1958—se explica en gran parte como una pugna entre el nacionalismo en agraz del Iraq, defendido por el General Kassem y alentado por los comunistas, y el nacionalismo árabe preconizado por el General Nasser como solo susceptible de cumplir una función a la vez constructiva (lucha contra el subdesarrollo, la miseria y la incultura) y defensiva (explotación de las riquezas y subversión provocada desde fuera).

Hablar del Oriente Medio implica suscitarse el otro de sus grandes problemas, el petróleo, la maraña de intrigas que origina y el famoso canon del 50 por 100 tan discutido desde que el italiano Mattei le asestó un primer golpe que, a corto o largo plazo, será mortal para el sistema de explotación petrolífera. De modo tan interesante como vivo, entrecruzando datos técnicos y cifras con descripciones (la apocalíptica de Ras-Tanura y Bahrein de noche en particular), conversaciones y anécdotas pintorescas con observaciones agudas sobre las incidencias del petróleo en la vida social y el desarrollo de los pueblos (Arabia Saudita, Koweit, Iraq), M. Benoist-Méchin nos enfrenta con la realidad de un tema que generalmente sólo se trata en términos de deshumanizada economía o de mera ventaja o desventaja para Occidente, mejor dicho, para sus grupos petrolíferos. Sin embargo, la auténtica conveniencia de Occidente, ya que no de esos grupos, es en

opinión de M. Benoist-Méchin ayudar a Oriente Medio a organizar un "pool" encargado de repartir al conjunto de los países árabes los excedentes de un aumento del canon del 50 por 100. "El ejemplo de Koweit es demasiado escandaloso: mil millones diarios para 210.000 habitantes", dice. El hecho se enfrenta con la afirmación del nacionalismo árabe de que "la totalidad de las riquezas naturales del suelo pertenece a la totalidad de la nación árabe"... Como se echa de ver, nacionalismo árabe y petróleo son cuestiones inseparables como agudamente ha sabido ver y muestra M. Benoist-Méchin.

Estos son dos problemas en los que M. Benoist-Méchin pone toda su avisada atención. En su obra los destaca no sólo como problemas en sí, mas también como causa fundamental de todos los restantes cuya cambiante fisonomía, según sean los países visitados, no desorientan al observador reflexivo. Sin duda, los relatos de viajero tan sensible a la belleza en todas sus formas (señalamos las bellísimas páginas sobre el Desierto, los vergeles de Damasco, al Este del Eden, las religiosas que comparten la vida de los refugiados de Palestina, etc.), podrían llamar a engaño, pero el lector comprobará cómo lo político, lo económico y lo social fluyen incansablemente, insensiblemente a través de toda la obra. Por otra parte, M. Benoist-Méchin concentra lo esencial político de cada país en el relato de sus entrevistas con los respectivos gobernantes (General Nasser, el Rey Saud, el Presidente Kuatly, etc.), o con los jefes de la oposición Rashi Ali El Gailani, Miguél Aflak, fundador del Baath, o los Muhadjerin de Jordania, etc.). Así la política adquiere un tono humano, vivo, que salva esta obra—literariamente espléndida—de ese aire de reliquia y musco que con frecuencia tienen los relatos de viaje por el Oriente Medio. Los problemas allí planteados, las cuestiones que allí se ventilan aparecen actuales, reales, vividas por hombres semejantes a nosotros. El cálido sentido humano de M. Benoist-Méchin les convierte en nuestros prójimos, en próximos. Además, en su obra, M. Benoist-Méchin ha escapado a una tendencia de la inteligencia que es quedarse pronto a la zaga de la fuente realidad. De ahí que pese a los cambios registrados en el mundo árabe "Un printemps arabe" sigue siendo válida, muy aleccionadora, utilísima y de rápida lectura pese a su volumen.

Carmen Martín de la Escalera.

**HANDBUCH DES WELTKOMMUNISMUS: In Zusammenarbeit mit zahlreichen Gelehrten herausgegeben von Joseph M. Bochenski und Gerhart Niemeyer.** Freiburg, München, Karl Alber, 1958, 762 págs.

La literatura sobre el comunismo puede llamarse, sin exageración, inmensa, al tiempo que el desconocimiento de este amplio y vigoroso movimiento político resulta alarmante. Una de las principales razones de tal estado de cosas ha de buscarse en el carácter tendencioso y propagandístico—comunista o anticomunista—de la mayor parte de esta literatura. No es que nos parezca censurable en sí la tendencia anticomunista de las publicaciones. Sin embargo, no podemos dejar de denunciar lo insuficiente e incluso contraproducente de aquellas campañas anticomunistas en que se quiere compensar con una retórica rimbombante y hueca la pobreza informativa. Mientras que esta literatura llamada “anticomunista” resulta incapaz de ilustrar por falta de conocimientos, las obras comunistas renuncian metódicamente a la exposición exhaustiva de sus propias ideas, induciendo a muchos al error de identificar la ideología del comunismo con las consignas lanzadas en un determinado momento.

En tales circunstancias nada más natural que se acoja con auténtica satisfacción el “Manual” de Bochenski y Niemeyer, una verdadera “Enciclopedia del Comunismo Mundial”, que en más de 750 apretadas páginas brinda al público—por de pronto de lengua alemana—la información más completa hasta la fecha sobre la realidad del movimiento comunista. En 15 capítulos debidos a otros tantos expertos de distintas nacionalidades, confesiones y credos políticos—así lo hace destacar el prefacio de los directores—son expuestas “La estructura formal del comunismo” (Bochenski), “Las doctrinas fundamentales filosóficas, sociológicas y económicas” (Bochenski, Walter y Niemeyer), “Las doctrinas políticas fundamentales” (Niemeyer), “El Partido” (Reshetar), “La metodología de la conquista y del gobierno” (Reshetar, Possony y Kulski), “La expansión del Imperio” (Librach), “Las nacionalidades” (Kolarz), “El Derecho” (Gsovski), “El crimen y el sistema penitenciario” (Dallin), “La Economía” (Jameš), “Los campesinos” (Wittfogel), “Literatura, Arte y Ciencia” (Fizer), “La Religión” (Bochenski), “La situación del individuo” (Kulski) y “Crítica del comunismo” (Bochenski); todo ello con un dominio absoluto de las

materias, una admirable claridad de la exposición y un tono de objetividad desenfadada en que no se mezclan otras estridencias que las de los textos transcritos de autores comunistas.

Trata la obra comentada del *comunismo*, resultante de la doctrina y actividad organizadora de Lenin, o sea, del *leninismo*, supuesto que se entienda bajo esta denominación, no solamente la doctrina de Lenin, sino todos los aspectos del movimiento en su desarrollo histórico hasta el día de hoy.

Tomado en tales términos, contiene el fenómeno, extraordinariamente complejo, del comunismo tres elementos fundamentales: una *doctrina*, una *organización* y un *método de proceder*, a los que hay que añadir el aspecto del comunismo como *actitud personal*. La doctrina comunista consta, a su vez, por lo menos de tres partes: una *escatología*, o sea, descripción del mítico Estado futuro hacia el cual debe progresar, al modo de ver del comunismo, el mundo y la sociedad humana; una *filosofía general*, que formula las leyes rectoras de semejante evolución, y, tercero, una *metodología de la actuación*, que enseña cómo se debe asumir el poder y utilizarlo para la consecución de los fines. En la organización, también completa, del comunismo, se distinguen el *Partido* propiamente dicho, cierto número de *entidades dependientes* del Partido y la *órbita del poder comunista*, que abarca en la actualidad a la Unión Soviética, China y los llamados países satélites europeos y asiáticos. La actuación política del comunismo pone de manifiesto una *gama asombrosa de métodos y procedimientos*. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que en un determinado país y en un determinado momento los comunistas dicen y hacen lo diametralmente opuesto a lo que dicen y hacen en otro país y en otro momento dado. Finalmente, el comunismo como actitud personal consiste en la *aceptación de todos sus elementos objetivos*: en reconocer la doctrina como verdadera, la organización como competente y los métodos como acertados. Dada la complejidad de todos estos elementos, la actitud tiene que ser también polifacética. Sin embargo, mientras que, quizás, se pueda poner en duda la unidad objetiva del co-

## RECENSIONES

munismo, la unidad de la actitud personal de sus partidarios leales (esto es, bien informados y convenientemente educados), es real y completa.

Incluso entre los que escriben diariamente sobre el comunismo hay pocos que sepan distinguir sistemáticamente estos aspectos y hagan distinguirlos a sus lectores. De ahí los numerosos errores en la interpretación del fenómeno comunista. Muchos toman el comunismo por algo que efectivamente es, pero sólo en uno de sus múltiples aspectos. Lo más frecuente es la confusión entre dos acepciones de la voz "comunismo": una más estrecha como economía colectiva y otra más amplia como doctrina, organización y proceder. El que caiga en este error considerará al comunismo como una *forma organizatoria de la sociedad que no persigue nada más que la colectivización de la vida económica*. Otro error grave y muy difundido consiste en identificar al comunismo tan sólo con los *brutales métodos de su actividad externa*. Muchos políticos e intelectuales occidentales han negado, equivocadamente, toda unidad del comunismo, reduciéndolo a una constelación casual de ambiciones prácticas y olvidando sus bases ideológicas. Ya se ha mencionado la identificación errónea del comunismo con los fines pregonados en su propaganda: por una parte, los mismos comunistas admiten que toda *mentira* es buena y moral si sirve a las finalidades del Partido; por otra, se recurre a la *"visión dialéctica"* de las cosas, consistente en representarlas en el presente tal como será en el futuro según la escatología comunista.—"Si usted cuenta en su país que los hombres soviéticos viven en viejas barracas infestadas de chinches, usted miente, aunque su afirmación sea acertada en alto grado. En cambio, si usted cuenta que viven en casas hermosas y nuevas, entonces usted dice la verdad, aunque hoy día vivan solamente algunos en tales condiciones. Reconocer el mañana en el hoy, esto es ver dialécticamente"— aclara un profesor comunista citado.

Decididamente, la parte más completa y más feliz de este "Manual" es la dedicada a la exposición ideológica, así como la *suínta crítica del comunismo como simpli-*

ficación y primitivismo, como pretendido ciencia y fe ("Quizás la más burda de todas las mentiras que difunde el comunismo respecto a su propia esencia es la de afirmar que es una ciencia"), como perversión de fines valiosos en sí, y como una, y *solamente una*, de las muchas interpretaciones posibles del marxismo.

Los capítulos predominantemente histórico-documentales no persiguen el mismo fin de la exposición exhaustiva, para evitar la *monotonía de la reiteración que hubiera significado la descripción de los mismos procesos y métodos en los distintos países*. En vez de ello, fueron escogidos unos casos de valor paradigmático, prestando en todo momento especial atención a la evolución en la U. R. S. S. En tal situación, las inclusiones y omisiones se prestan, naturalmente, para la discusión. De todas maneras, echamos de menos la mención del intento de establecer en España una cabeza de puente atlántica del comunismo. Entre los medios y métodos de la lucha antirreligiosa hubieran citarse, más aun, al tratarse de una publicación en lengua alemana, los sucedáneos del ceremonial religioso, tal como fueron introducidos en la zona soviética de Alemania (bautizo y entierro socialistas, iniciación de la juventud y rito matrimonial). En el capítulo "Literatura, Arte y Ciencia" no se hacen resaltar las diferencias, nada insignificantes, entre la Unión Soviética y los demás países comunistas que poseen una recia tradición cultural propia.

Finalmente, no queremos callar la existencia de unos pequeños fallos, fáciles de subsanar, por ejemplo, en la página 230 se habla de "gobierno Horthy", aunque el *contraalmirante era jefe de Estado y no jefe de gobierno*; en la 235, de la "cesión forzosa de Transilvania", en vez de la "cesión forzosa de la mitad norte de Transilvania". También se impone la necesidad de revisar la grafía de los nombres no eslavos.

Estas objeciones no restan méritos a la obra de Bochenksi y Niemeyer, cuya traducción al castellano nos parece urgente, no en último lugar en vista de la viva actividad propagandística del comunismo en Hispanoamérica.

ZOLTÁN A. RONAI.

